

Rubem Fonseca y la truculencia

Ignacio Trejo Fuentes

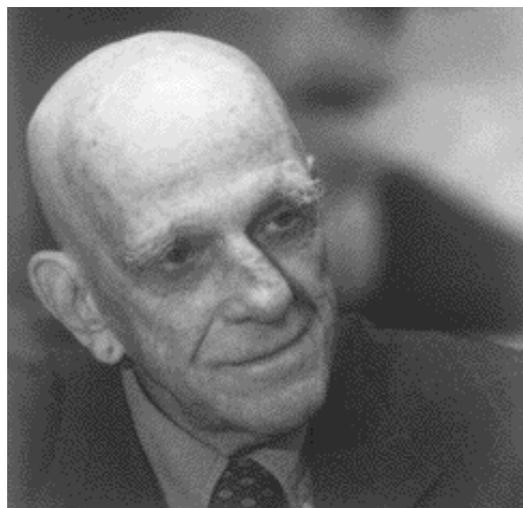
Rubem Fonseca, ganador del Premio Juan Rulfo 2003, es uno de los autores más leídos de la literatura contemporánea. Libros como El gran arte, El enfermo de Molière, Diario de un libertino, entre otros, lo han convertido en un autor de culto. Ignacio Trejo Fuentes aborda en este texto la obra del gran narrador brasileño.

“Descubrí” a Rubem Fonseca a finales de los años setenta o principios de los ochenta, mediante las traducciones españolas de sus libros de cuentos *Feliz Año Nuevo* y *El cobrador*: supe que ese tipo de literatura me encantaba por estar lleno de violencia, de locura y de muerte; y sexo, mucho sexo, pero sobre todo por estar fincada en tramas muy bien urdidas, mejor resueltas técnicamente y bordadas con el difícil arte de la *naturalidad* narrativa.

Por supuesto, me mantuve al tanto de cuanto libro del brasileño se publicaba en español e incluso me arriesgué a leerlo en portugués, con resultados catastróficos. Aunque he leído casi todas sus novelas, prefiero sus cuentos: me parece hecho más bien para ser un autor de música de cámara y no de sinfonías, un corredor de cien metros y no un maratonista: será por eso de la intensidad, que le es natural, y en cambio los espacios más largos y minuciosos parecen ponerle obstáculos, algo muy parecido a lo que me sucede con Julio Cortázar.

No se borran de mi memoria los primeros relatos de Fonseca que leí, por ejemplo “Feliz Año Nuevo”, en el que unos tipos miserables de una favela carioca se descubren sin tener nada para los festejos de esa noche,

sólo aguardiente, y al calor de los tragos se animan a “visitar” la zona de los ricos, entran a una mansión donde todo es lujo, bonanza y felicidad y atracan a los festejantes, violan a las mujeres y vuelven a sus barracas a compartir pavos y tragos con los suyos, tan jodidos. O aquel



Rubem Fonseca

en que unos contertulios se asombran por los crímenes cometidos por los escuadrones de la muerte, y que llenan las páginas de los periódicos, hasta que empiezan a apostar cuántos muertos aparecerán al día siguiente. Los asesinatos crecen de manera escandalosa y los apostadores que aciertan o se aproximan a la cifra se llevan buenas tajadas, hasta que sabemos que ellos mismos, tras salir del tugurio donde se reúnen, se dedican a matar inocentes tan sólo para ajustar los números.

En éstos y en otros textos de Fonseca el sello es la violencia exacerbada, que se manifiesta de muchas formas, principalmente con la muerte. Y abunda el erotismo, más bien la pornografía. Campean las “malas palabras”, ésas que hieren. Los textos están poblados de personajes asombrosos por sus diferencias entre sí, aunque sobresalen los desposeídos, enfrentados siempre a sus opuestos, los bendecidos por la fortuna: mendigos, prostitutas, rateros y asesinos (involuntarios o a sueldo) se dan la mano en un carnaval delirante con empresarios, políticos, clérigos y demás “gente bien”. En esas piezas no hay piedad, el Bien y el Mal, Dios y el Diablo se intercambian, se confunden, se confabulan para hacer de la vida y de la muerte todo menos un paraíso, y se borran las distancias entre éste y el infierno.

Pa rece que la principal misión de Rubem Fonseca en su cuentística es sacudir conciencias, buenas y malas, poner el dedo en las llagas más doloridas de los lectores, y por eso éstos, los pobres, salen de la experiencia bañados de asco, de sangre y de lágrimas; o de risas y regocijos; de cualquier cosa, menos de indiferencia: quien lee a Fonseca no puede ser el mismo o al menos no puede verse a sí mismo de igual manera: algo opera en su interior. ¿No es ése uno de los mecanismos más poderosos de la literatura, que distingue a la buena de la mala, a la grandiosa de la insignificante?

Gracias a Cal y Arena (que se ha encargado de poner en librerías casi la obra completa de Fonseca) circula *Ella y otras mujeres*, volumen de cuentos cuyo título indica por dónde van los asuntos. Y eso es prometedor de entrada porque si algo distingue al brasileño es su conocimiento del alma y del carácter femeninos; ha hecho una galería sorprendente de féminas de todos los espectros, sociales y humanos: niñas y ancianas, hermosas y horribles, pudientes y miserables tienen siempre mucho que ofrecer y a Fonseca no le tiembla la mano para hacer de ellas abrevadero extraordinario. En este libro cada historia gira en torno a ellas: escritoras, cartomancianas, cleptomanas, niñas *bien*, solteronas, amas de casa, dipsómanas, prostitutas, estudiantes... sufren y gozan, delinquen y rezan, viven y mueren, pero sobre todo cogen que es un gusto. Y entre ellas reaparecen los fulgurantes personajes masculinos, los ejecutivos y los porteros de noche, los transgresores de todo tipo; sobresale entre todos una figura familiar en la literatura fonssequiana, el asesino a

sueldo, el tipo insensible aunque lujurioso que se oculta en un hombre medio que lleva consigo un portafolios repleto de documentos de informática y entre las ropas las armas mortíferas con que depreda a diestra y siniestra (más bien a siniestra, porque su mano derecha ha sido inutilizada en sus andanzas). Es el prototipo del hombre sin ninguna conciencia, acaso sólo la más animalesca de todas, la que le indica que lo único que vale la pena en esta vida es hacer el amor y apretar el gatillo como *modus vivendi*.

Ella y otras mujeres es un desfile no apto para las buenas conciencias, dirigido estrictamente a quienes saben que la vida no es como la pintan pues está llena de espejismos, de traiciones y veleidades, donde el amor y la desgracia pueden llevar la misma máscara, y sin embargo logra filtrarse como válvula de escape, como bálsamo, el erotismo desbordado que, debe insistirse, raya siempre en las delicias de lo pornográfico. Las historias contadas por Rubem Fonseca como con la mano en la cintura (su literatura es de ese quilataje) no tienen desperdicio, de modo que resulta complicado decir cuáles son mejores que otras, y no obstante me atrevo a distinguir tres de ellas: “Diana”, “Laurinha” y “Lavínia”. La segunda es especialmente demoledora: el padre de una joven, casi niña, violada y asesinada, cobra venganza, y sus métodos hacen palidecer a los esquemas de la Inquisición. En la tercera se cuenta una traición amorosa, de ésas que acontecen todos los días en cualquier parte, mas hay que ver la urdimbre, la ejecución: son de tal refinamiento técnico que hacen de la pieza una obra maestra, de ésas que se quedan en la memoria y en el corazón de quien las lee.

Sí, Rubem Fonseca, con todos sus delirios de violencia y erotismo, y en consecuencia con la carga de significados de toda índole (políticos, sociales y sobre todo humanos que se cuida muy bien de que no parezcan vociferaciones sino ejemplos de gran arte), es un demoledor de conciencias, pero esencialmente un escritor que envuelve y seduce y se mete y nos mete en las profundidades más sofocantes de la condición humana. **U**

